

apoderaban con preferencia de los buques papistas, en los cuales los vasos sagrados para el servicio divino ofrecían un rico botín. Isabel no tenía escrúpulo alguno en dedicar fuertes sumas al apresto de buques corsarios y en percibir, al final de cada expedición, una parte proporcional del botín conquistado. También destinó con éxito importantes cantidades al comercio de esclavos, que en grande escala hacían Guillermo y Juan Hawkins. A cada buque español que echaban á pique con toda su tripulación; á cada centenar de infelices negros que encadenaban, daban las gracias aquellos piratas al Todopoderoso por la bondadosa protección que dispensaba á sus elegidos. ¡Tal era el espíritu predominante en aquella época!

Al propio tiempo, se aumentaba el comercio pacífico del país, especialmente la pesca, que Burghley favorecía por todos los medios posibles. Los holandeses, flamencos y brabantinos que huían de las persecuciones de Margarita y del duque de Alba, se refugiaban en Inglaterra y enseñaron á los ingleses la fabricación de paños, de tejidos de hilo y de encajes, así como la manera de trabajar el oro y la plata. Los capitales de los Países Bajos daban vida á la industria y al comercio de Inglaterra. Ya en 1581, un tal Hagenbuck, oriundo probablemente de los Países Bajos, propuso á la reina la creación de un Banco nacional (1), plan que se llevó á efecto un siglo después.

La antigua Inglaterra adquirió una consideración distinta de la que hasta entonces había gozado. El noble (*squire*) cazador, licenciado é ignorante, no fué ya el señor de la comarca, sino que lo fué el emprendedor comerciante, el joyero hábil y calculador, el diestro marino aleccionado por largos viajes. La misma reina reconoció la importancia de esta clase laboriosa, inaugurando en persona, en 1571, la Bolsa de Londres y dándole el nombre de «Real Casa de cambio (Royal Exchange) (2).»

Las clases bajas del país continuaban sin embargo en una situación deplorable; el gobierno las perjudicaba de todas suertes en pro de las clases altas; los jornaleros se encontraban por completo á merced de los amos, á causa de las severas tarifas de los salarios. Ciertamente que los trabajadores se amotinaban con frecuencia, pero nunca consiguieron su objeto, porque el gobierno y el Parlamento de consuno vejaban y explotaban á los pobres. La situación de los trabajadores agrícolas era peor que antes; pues así como, durante el reinado de Enrique VIII, cada labrador podía ganar en veinte días una cuartera de trigo, empeoró de tal manera su suerte que, en tiempo de Isabel, necesitaba cuarenta y ocho días de trabajo para obtener igual ganancia (3). La clase baja de las ciudades, y sobre todo la población agrícola, se debilitaron y empobrecieron en provecho de la fuerza del capital, de la clase media mercantil y marítima.

Inglaterra debe realmente su grandeza á la clase media y su independencia interior á su comercio é industria imperantes en todo el orbe. Esta clase media se mantenía fiel á Isabel, al paso que la aristocracia la vendía en conjuraciones sin cuento; aquella defendió á Inglaterra contra los ataques del extranjero, y en recompensa de sus servicios adquirió una brillante posición dentro de la vida del Estado.

Los Tudor, especialmente Enrique VIII é Isabel, á pesar de su régimen absolutista, aprovecharon grandemente la fuerza é influencia política de la clase media (4). La beneficencia pública, que hasta entonces había correspondido exclusiva-

(1) *Cal of State Pap. Dom. Ser. Elizabeth*, 1581-90, pág. 31.

(2) Camden, 193.

(3) Schanz, I, 667.

(4) Véase C. de Noorden, *De la literatura é historia del Selfgovernment inglés*. Revista histórica, XIII, 79.

mente á los conventos disueltos, pasó, en concepto de impuesto de pobres, á las parroquias, de tal manera que así como antes solo estaban obligados á llevar esta carga los propietarios, desde aquel momento la contribución pesó también sobre los arrendatarios é inquilinos. De esta suerte, se crearon nuevas cargas del común y nuevos miembros de la liga municipal. Los impuestos eclesiásticos y de pobres fueron el fundamento de una nueva y robusta constitución del municipio. Poco á poco, y siguiendo este ejemplo, las prestaciones personales de los poseedores de franco-alodios en los condados fueron convertidas en impuestos municipales que debían ser concedidos y administrados por los censatarios. En la esfera de este extenso y robusto *selfgovernment* crecía la fuerza de la oposición contra la monarquía absoluta y anti-nacional de los Estuardos, oposición cuyo rápido y seguro éxito se debió principalmente á la autonomía municipal. La administración propia y el puritanismo fueron los dos elementos, origen de la independencia inglesa.

CAPITULO VI

INDEPENDENCIA DE LOS PAISES BAJOS

Descontento que produjo el régimen terrorífico del duque de Alba.—Marmix de Santa Aldegunda.—Los mendigos en Briel.—Derrotas de los rebeldes.—Resistencia de los holandeses: dimisión del duque de Alba.—Gobierno de Requesens.—Furia de Amberes y pacificación de Gante.—D. Juan de Austria en los Países Bajos.—Disidencia entre Felipe II y D. Juan.—Nuevas luchas en los Países Bajos.—Asesinato de Escobedo.—Muerte de D. Juan.

El duque de Alba celebró la importante victoria conseguida contra las huestes, á toda prisa reunidas, del de Orange y de sus partidarios, con un esplendor y energía que falsamente fueron tomados por ostentación y afán de gloria (5), cuando lo que quería era dar á comprender á los de los Países Bajos que desde entonces era él su señor absoluto. La victoria que solemnizaba era una victoria conseguida no solo sobre unos millares de rebeldes, sino sobre un pasado glorioso y sobre el porvenir de libertad de los Países Bajos. Celebráronse fiestas populares con carácter oficial, las campanas fueron echadas al vuelo, y se forjó con la artillería tomada á la ciudadela de Amberes una estatua colosal del vencedor. En vano los electores del Santo Imperio Romano solicitaron del emperador que pidiera á su sobrino, el rey de España, gracia para los privilegios y derechos de un país que siempre había sido considerado como departamento borgoñon del imperio. Maximiliano II envió, con este objeto, á Madrid á su hermano, el archiduque Carlos, pero Felipe rechazó toda limitación de su poder soberano en los Países Bajos, y Maximiliano cesó en su oposición cuando el rey de España le pidió y obtuvo la mano de su hija. ¿Puede culparse á los Países Bajos por no haber manifestado adhesión hácia un Imperio que de tal manera les dejaba á merced del déspota español?

El duque de Alba comprendió que él era el dueño de la situación: las esperanzas que el de Orange y sus partidarios acariciaban de conseguir, en las provincias flamencas, un levantamiento en pro de su causa quedaron completamente

(5) John Lottrop Mottley. *The rise of the dutch Republic*. Elevación de la república holandesa (primera edición en tres tomos, Londres 1856; edición alemana, tres tomos, Dresde 1857-1860). Esta obra, en extremo interesante y producto de largos y vastos estudios, ha adquirido gran popularidad en todos los países civilizados, especialmente fuera de Alemania. Sin embargo, todas sus excelencias pierden gran parte de su valor por lo infundado de la crítica y por una parcialidad que á menudo vemos trocarse en intolerancia.

frustradas con alegre sorpresa del mismo gobernador español (1). En vano los mismos obispos suplicaron con expresiones conmovedoras al duque que usara de misericordia y de perdón para con el país: el de Alba quería solo dominar por el sistema del terror. Al mismo tiempo que la persecución religiosa crecía con inusitada dureza, hasta el punto de condenar á muerte á los que habían visitado una sola vez siquiera á un pastor protestante, quería el de Alba aniquilar para siempre las libertades políticas de la nación, y acumular las riquezas de estas en las insaciables cajas del rey de España, para lo cual no halló mejor medio que crear, á imitación del monarca español, un sistema de contribuciones indirectas que como en España, había de matar la actividad industrial y mercantil.

En marzo de 1569, fueron convocados los Estados generales para aprobar los planes económicos que el duque de Alba les había presentado. Lo de menos era conceder al de Alba el uno por ciento que les exigía sobre todos los bienes muebles é inmuebles; lo peor era el impuesto del vigésimo (cinco por ciento) sobre la venta de inmuebles y el de diez por ciento sobre la venta de bienes muebles. Esta última contribución indignó á todos los flamencos. Mientras solo se había tratado de la libertad de conciencia, la gran mayoría se había sometido sin decir una palabra, pero desde el momento en que se tocaba al bolsillo y se amenazaba á la industria y al comercio, todos, católicos y protestantes, se mostraron indignados. En 1568, reinaban en aquel país la tranquilidad y la sumisión; pero el régimen terrorífico del de Alba colmó la medida de la antipatía de todo el pueblo flamenco contra los españoles. Viglio reconoció el peligro que acarrearían tan exorbitantes contribuciones, y se atrevió por vez primera á hacer la oposición al duque en el consejo de Estado.

Pero el de Alba persistió en sus pretensiones y los Estados generales se sometieron al omnipotente gobernador á excepción de los delegados de la pequeña provincia de Utrecht, que se negaron tenazmente á votar el vigésimo y el décimo, atrevimiento que castigó el duque enviando á aquella comarca numerosas guarniciones y quitándole todos sus privilegios y libertades. Sin embargo, el ejemplo de Utrecht fué propagándose y las distintas provincias comenzaron la resistencia que no se habían atrevido á hacer los Estados generales, teniendo el de Alba que contentarse con una transacción, en virtud de la cual los Países Bajos se comprometieron á pagar por espacio de dos años dos millones de florines de oro anuales, con lo cual les quedaban condonadas por idéntico espacio de tiempo las contribuciones últimamente introducidas.

Los mas moderados elementos del gobierno de los Países Bajos, acudidos por Viglio, querían que, después de la victoria conseguida, se concediera una amplia amnistía al país, para atraer de nuevo las simpatías hácia la dominación española. Al de Alba no podía ocultársele que la oposición de tan fieles y excelentes elementos encontraría en Madrid una buena acogida, y que por tanto su posición se veía muy amenazada, tanto mas cuanto que el mismo Granvella repetidas veces había aconsejado igual prudente conducta. A consecuencia de todo esto, aceptó la idea de la amnistía, procurando sin embargo que esta se llevara á cabo de tal manera que no pusiera limitación alguna á su sed de venganza. La amnistía se anunció con grandes festejos en Amberes en julio de 1570: por ella se concedía gracia á aquellos que

(1) En 10 de enero de 1569, escribía Granvella al rey: «Me huelgo en extremo de que los estados de Flandes con tantas fuerzas que trajo Orange se hayan mostrado tan leales y fieles en servicio de Vuestra Majestad.» Poulet, III, 438.

no estuviesen sujetos á persecuciones judiciales, á los que no fuesen pastores protestantes, á los que no hubiesen acogido ó favorecido á estos, á los que no hubiesen tomado parte en saqueos de iglesias, á los que no se hubiesen hecho hasta entonces sospechosos de herejía ó de explotación de las creencias heréticas, á los que no hubiesen entrado en el Compromiso y además no lo hubiesen apoyado. Es evidente que las nueve décimas partes de los flamencos estaban comprendidas en alguna de estas excepciones; de suerte que la amnistía, en vez de ser un acto de clemencia, fué una nueva condenación solemne de todos aquellos que no hubiesen sido y no fuesen fanáticos católicos y además partidarios fanáticos de la dominación española. Por ella se señalaba á todo el pueblo flamenco, con excepción de una muy mínima parte, como una colección de infames rebeldes, dignos todos de ser condenados á muerte.

Entonces comenzaron á introducirse entre los mismos dominadores la discordia y enemistad intestinas. El cruel y provocativo contenido de la amnistía había indignado tanto como á la mayoría de sus conciudadanos á una porción de miembros del Consejo privado. Cuando el duque ordenó que, transcurrido el plazo acordado es decir en 1571, se percibieran el vigésimo y el décimo sin necesidad de obtener la vena de los Estados generales, encontró una enérgica resistencia en los miembros del Consejo privado, especialmente en Viglio y Berlaymont, promoviéndose con tal motivo escenas tumultuosas y produciéndose mutuas amenazas entre el gobernador general y los consejeros que hartaban cuán cansado estaba Felipe II de la dureza y ambición del duque de Alba. Pero lo peor del caso era que el rey no acababa nunca de tomar una resolución decisiva respecto del llamamiento del de Alba, llamamiento que tanto tiempo hacia tenía en proyecto. Así es que en julio de 1571 publicó el duque el temido edicto sobre el vigésimo y el décimo. La indignación fué grande: en todas las provincias y en todas las ciudades, se reunieron las autoridades para redactar enérgicas protestas; los comerciantes suspendieron sus negocios, y los mercaderes cerraron sus tiendas; las masas tomaron un aspecto amenazador y se conjuraron comprometiendo á no pagar las nuevas contribuciones. Cuando el de Alba se presentaba en público era acogido con extraordinaria frialdad: nadie se descubría á su paso. Los bienes de los que no habían pagado la contribución sacados á pública subasta no encontraban comprador. Si Alba quería alistar marineros, todos los que podían ser llamados desaparecían, por lo cual exclamaba: «No conozco ningún hombre fiel; todos son traidores (2).» Cuando el embajador español en París, D. Francisco de Alava, fué á Bruselas, no pudo menos de dirigir al rey, su soberano, algunas observaciones sobre los efectos del gobierno del duque de Alba, y resumió todas sus impresiones, diciendo que el deseo unánime de todo el pueblo era librarse del duque á toda costa.

En aquella ocasión, el monarca hubiera debido tomar una resolución definitiva: ¿quería Felipe II la servidumbre y la absorción de los Países Bajos? Pues en este caso debiera haber aprobado oficialmente los actos del duque, facultándole para hacer callar la oposición de los Consejos y para aumentar el ejército. ¿Quería, por el contrario, probar un régimen mas benigno y conciliador, como así parecía desearlo? Pues no tenía que hacer mas que destituir al de Alba y entrar en negociaciones con los Estados para ver la manera mas conveniente de reemplazar las funestas contribuciones. Pero Felipe prefirió perseverar en su sistema de contemporización. Las diputaciones que algunas provincias de los Paí-

(2) Raumer, *Cartas de Paris*, I, 180.

ses Bajos enviaron á España para exponer sus quejas contra los nuevos impuestos, fueron severamente amonestadas por haberse presentado sin la superior autorización, si bien obtuvieron la promesa vaga de que el rey tendría en cuenta sus observaciones. Entre tanto, en los Países Bajos estaba paralizado todo el comercio, habiendo suspendido sus negocios hasta los panaderos, carniceros y taberneros. Los comestibles mas indispensables estaban á precios elevadísimos, y amenazaban faltar por completo, siendo evidente que el hambre iba á ocasionar una nueva revolución.

El duque de Alba estaba á punto de hacer frente á este peligro del modo que él acostumbraba, es decir, ahorrando á las puertas de sus mismas tiendas cerradas á algunas docenas de los principales comerciantes de Bruselas, cuando una terrible noticia le impidió á tiempo oportuno poner á nueva prueba la paciencia de los habitantes de la capital.

Los proscritos y fugitivos caudillos del partido liberal de los Países Bajos, descorazonados por el mal éxito del levantamiento de 1568, se mantuvieron tranquilos durante mucho tiempo; el único que se agitó fué el valeroso Felipe Marnix de Santa Aldegonda, el cual, viéndose obligado á dar tregua á la espada, apeló á la pluma, publicando sus escritos y canciones desde Emden, donde se había refugiado. Su «Cancion de Guillermo» fué despues el canto de guerra de los adalides de la independencia; y su «Carta de consuelo» animó á los pobres desterrados. Pero de todas sus composiciones fué indudablemente la mas importante la titulada «Colmena de la Iglesia romana» (*Den Byenkorf der H. roomsche Kerke* 1569), que era una sátira mordaz por el estilo del «Gargantua y Pantagruel» de Rabelais, contra la Iglesia y el clero. Fingíendose licenciado de la Universidad de Lovaina, que quería defender á la Iglesia católica de los ataques de sus contradictores, arrojaba los mas acerados dardos contra ella. Esta obra estaba escrita con tanta erudicion como gracia, y en ella la aridez del tema se veía animada por ingeniosas digresiones. El siguiente pasaje es una muestra de su estilo y sus tendencias: «Todos los doctores, dice, de París, de Lovaina y de Colonia, y todos los licenciados y bachilleres deben combatir en todos terrenos á esos herejes con tanta energía que puedan dar gracias á Dios de ser vencidos sin verse hechos pedazos, ya que deberían ser devorados con los dientes y ahorcados con la piel y los cabellos, como hicieron ellos con su Dios. Y si no pueden ó no quieren llevarlos al buen camino, porque esos herejes son quizás mas difíciles de digerir que lo es su Dios en la misa, llamen á su auxilio al señor Decano de Rouse (el célebre inquisidor general, Pedro Titelman) para que acuda con grandes legiones de satélites y verdugos con palos y látigos, con el fuego y la espada, con paja y leña, encienda las hogueras y quememonton sobre monton, con lo cual se exterminará á esos disputadores y San Pablo quedará encerrado en el saco con todos sus profetas y apóstoles.» La «Colmena» obtuvo una aceptación extraordinaria en los Países Bajos y consiguió nada menos que mantener secretamente las tendencias anticatólicas del pueblo flamenco.

En el entre tanto, Guillermo de Orange vivía retirado en sus pequeñas posesiones de Alemania. Los inmensos bienes que poseía en los Países Bajos habían sido confiscados por el erario español y el mal éxito de su levantamiento de 1568 le había hecho contraer cuantiosas deudas, por lo cual se veía obligado á luchar con una verdadera pobreza. Estos años tristes de su historia ejercieron gran influencia en su carácter y en sus ideas políticas. Desde entonces, fué el fanático é infatigable adalid de la libertad política y religiosa de su patria; se sobrepuso á la pequeñez de miras y á las preocupaciones de sus contemporáneos, y abandonó los me-

dios innobles á que tan á menudo había apelado en el primer período de su vida. Exteriormente perseveró en las ideas de los luteranos, á los cuales como á su patria alemana permaneció constantemente adicto; en 1573 hizo su comunión segun el rito reformado, á pesar de lo cual distaba mucho de profesar el mezquino exclusivismo religioso que á este rito distinguía, predicando de continuo á sus partidarios tolerancia y benevolencia no solo para con las dos profesiones protestantes, sino tambien respecto de los mismos papistas, y solicitando el apoyo ya de la católica Francia, ya de la protestante Inglaterra, pues estaba dispuesto á poner los Países Bajos bajo la soberanía fuese de los Valois, fuese de los Tudor, con tal de acabar con la tiranía española. Loco sería el que por esto le dirigiera un cargo. La idea de patriotismo, tal como hoy en día se comprende, no existía en aquellos tiempos de intranquilidad y de desórden. ¿No vemos acaso en aquella época á los protestantes alemanes aliados con los franceses, á los protestantes franceses con los alemanes é ingleses y á los católicos franceses é ingleses con España, dispuestos todos á ceder á sus aliados extranjeros una parte del patrio suelo y aun á sacrificar por completo la independencia del Estado? Este no tenía á los ojos de aquellas generaciones la importancia primordial que para nosotros tiene. Además ¿la dominación española no era por ventura, para los flamencos, y especialmente para los reformados, tan extranjera como podía serlo la francesa ó la inglesa? Ciertamente que sí. Solo una preocupación ciega podía aspirar á que un holandés ó brabantón del año 1570 rindiese homenaje al patriotismo español: su patria eran los Países Bajos y solo por su mejoramiento y su prosperidad latía su corazón.

En su retiro, Guillermo había mantenido relaciones con algunos amigos de los Países Bajos, valiéndose de la especial mediación de Pablo Buys, el pensionario ó secretario de Estado de Leyden. Por fin reconoció la necesidad de demostrar que el partido antiespañol no se había extinguido todavía, para infundir valor y confianza á los amigos, atemorizar á los adversarios y obligar á los españoles á hacer nuevos y grandes dispendios. Y como el continente estaba cerrado á los adalides de la independencia, resolvieron estos hacer teatro de sus hazañas el mar tan conocido de los flamencos del Norte. Guillermo, en calidad de soberano legítimo del principado de Orange, dió á una multitud de desterrados y fugitivos patentes de corso contra los buques y bienes del de Alba y de sus partidarios; y tal fué el comienzo del poder marítimo de Holanda que pronto había de tomar extraordinario vuelo. Aquellos atrevidos corsarios se dieron el nombre de *mendigos marítimos*. El de Orange no logró, sin embargo, que se mantuvieran dentro de los límites trazados, pues los marinos holandeses y zelandeses eran los mas valientes y hábiles, pero tambien los mas indómitos y aventureros de todos los Países Bajos (1). Los mendigos marítimos eran hombres sin temor y sin ley que saqueaban á amigos y enemigos, por mas que tuvieran mas placer en robar á los españoles y papistas y ahorcarlos de un mástil ó arrojarlos al mar atados á una bala de cañon. Su almirante, Guillermo de Marck, era un noble ávido de venganza, sanguinario y disoluto, que había jurado dejarse crecer la cabellera y la barba hasta haber vengado la muerte de su primo Egmont en las personas de sus asesinos.

Estos mendigos marítimos, protegidos secretamente durante muchos años por Isabel de Inglaterra, intentaron, en marzo de 1572, buscar un refugio en las costas inglesas; pero el de Alba consiguió, con sus amenazas de guerra, que Isabel

(1) Piot, *La diplomacia concerniente á los asuntos marítimos de los Países Bajos*. Boletín de la Academia de Bélgica, II, XL (1875), 833.

les prohibiera entrar en sus puertos, y entonces, acosados por la necesidad, se dirigieron á las costas de Holanda para procurarse los víveres necesarios. En 1.º de abril de 1572 penetraron en la desembocadura del Mosa y, con auxilio de algunos habitantes, protestantes fanáticos, se apoderaron del pequeño puerto fortificado de Briel ó Brielle, situado en la margen meridional del mencionado río, y de la cual tomó posesion Guillermo de Marck, en nombre de Guillermo de Orange, como legítimo gobernador de Felipe II.

Este atrevido golpe de mano causó extraordinaria sensación, y llegó á espantar al inalterable duque de Alba, infun-

diendo á los flamencos grandes esperanzas. El pueblo cantaba en son de burla:

El primer día de abril
Perdió el de Alba su Brill.

Sin embargo, la guarnición de Briel recibió pronto el bautismo de fuego: un poderoso cuerpo de ejército español fué enviado allí para vencer á los pocos centenares de mendigos marítimos, ahogando con la sangre de los invasores el germen de una nueva rebelion. Pero los mendigos rompieron los diques que protegían al continente contra el mar y el



Suplicio de los reformistas. Facsímile de un grabado en cobre de F. Hogenberg

rio; y las agitadas olas del Mosa barrieron de repente las murallas de la fortaleza, y los españoles huyeron aterrorizados, no sin dejar centenares de cadáveres entre las aguas. El conde Bossu, el comandante del ejército derrotado, dió rienda suelta á su furor en la infeliz Rotterdam, pues los españoles que entraron en ella en son de paz, se entregaron luego al asesinato y al saqueo mas desenfadados.

Lo que el duque de Alba temía se realizó en efecto: el ejemplo de Briel cundió rápidamente, pues al día siguiente de aquella catástrofe, Flessinga, en Zelanda, se declaraba por los mendigos y por el gobierno de Guillermo de Orange, y además los rebeldes tomaron los puertos holandeses de Delfshaven y Schiedam, en el Mosa septentrional. Toda la Holanda y la Zelanda amenazaban pasarse á los mendigos.

Guillermo de Orange vió que había sonado la hora de proceder con energía. El vuelo que por aquel mismo tiempo tomaba el partido hugonote en Francia, la consideración que había adquirido á los ojos de Carlos IX, la política anti-

española á que se entregó este rey desde el año 1571; todo contribuyó á aumentar la confianza del de Orange y de sus partidarios, siendo general la esperanza de que en breve la Francia entera se declararía en guerra abierta contra el tirano español. El de Orange hizo un enérgico llamamiento á los flamencos excitándoles á que sacudieran la tiranía del duque de Alba, y envió á las ciudades sublevadas algunos comandantes con una hueste de excelentes oficiales y agueridos soldados. Por otra parte aumentaron el número de los rebeldes muchos fanáticos voluntarios calvinistas que, procedentes de las vecinas islas, se unieron á ellos con el consentimiento tácito del gobierno inglés.

Estos acontecimientos ocasionaron, por fin, un levantamiento general en el Noroeste de los Países Bajos, territorio alejado de la inspección y poder inmediatos del de Alba, en el cual apenas había guarniciones españolas. Holanda, Zelanda, Güeldres, Overisel y la provincia de Utrecht se declararon, en su mayor parte, por el gobierno de Guillermo de

Orange, es decir, abrazaron la causa de la independencia. El pueblo, que con frecuencia tenía que vencer la resistencia de sus autoridades, adictas á los españoles, reemplazó á estas por funcionarios libremente elegidos, que á la vez que fidelidad al rey de España juraban por el gobierno del de Orange y por la independencia y bienestar del país. El príncipe escribió á los comandantes que había enviado á las distintas ciudades que respetaran la libertad religiosa, no solo respecto de los protestantes, sino también de los católicos. La escasez de sus recursos y las promesas de que formaría un nuevo ejército que pudiera presentar batalla á las tropas del duque de Alba, tenían muy cuidadoso á Guillermo de Orange. La corte de Francia se ofreció á costear una parte, por cierto no muy importante, de estos levantamientos.

Mientras Guillermo seguía ocupado en los preparativos de guerra, su hermano Luis trabajaba por otro lado, y después de haber reunido en Francia, con auxilio de Coligny, que entonces gozaba del favor de Carlos IX, una hueste de hugonotes, se dirigió con ellos hacia Mons y, ayudado por algunos habitantes, tomó, á fines de mayo de 1572, esta importante fortaleza.

El duque de Alba estaba todavía bajo la impresión de las funestas noticias que sin interrupción le llegaban del Norte, cuando supo el atrevido golpe de mano dado en el Sur por Luis de Nassau. Al propio tiempo, llegó á su conocimiento que la poderosa escuadra que con refuerzos en hombres y dinero había salido de España en dirección de los Países Bajos, había caído en poder de los zelandeses rebeldes, de suerte que los doblones españoles pasaron á manos de aquellos para cuyo aniquilamiento estaban destinados. A pesar de todo el experto caudillo español no perdió la presencia de espíritu, y revocó, para calmar los ánimos, el edicto relativo al diezmo y al quinto (fines de junio de 1572), enviando, al propio tiempo, contra Mons á su hijo Federico de Toledo con algunos regimientos aguerridos.

Por aquel mismo tiempo, alzóse el de Orange con su ejército, que á la sazón se elevaba á 16,000 hombres, con el intento de atravesar la Güeldres y penetrar en el Brabante. Pero ante todo quiso asegurarse una situación firme, bajo el punto de vista político y económico, con cuyo objeto su plenipotenciario Marnix firmó con los Estados de la grande y poblada provincia de Holanda una especie de tratado, en virtud del cual los Estados reconocieron al príncipe como gobernador legítimo del rey en Holanda, Zelanda y Utrecht y le prometieron auxiliarse con hombres y dinero, prometiendo á su vez el de Orange no acordar ni ordenar nada sin el consejo de los Estados. Estos debían percibir las contribuciones y á ellos debían prestar las tropas el mismo juramento que al gobernador. Solo con el mutuo consentimiento de ambos poderes podía firmarse un tratado con el rey.

Este arreglo, esta especie de constitución fué el comienzo de la independencia de la vida del Estado en los Países Bajos (julio de 1572), que debía consumarse y llegar á situación floreciente después de una lucha de cerca de cien años. Para eterna memoria del de Orange debemos decir que dió á esa nueva creación política los mas bellos cimientos y mas noble objetivo, á saber: la libertad política y religiosa. Guillermo de Orange censuró con gran energía y prohibió, para lo sucesivo, las violencias y las crueldades que Guillermo de Marck había cometido con los españoles y los católicos.

Todo favorecía á los rebeldes. Cierta vez Genlis, que al frente de algunos millares de calvinistas franceses quiso hacer levantar el sitio de Mons, fué sorprendido y derrotado en San Ghislain por Federico de Toledo, siendo hechos prisioneros él y una gran parte de sus tropas; pero, en cambio, Coligny prometió juntar un poderoso ejército de soldados

escogidos y reunirse con el príncipe, el cual, entre tanto, había atraído á su causa á un gran número de ciudades del Brabante, que le auxiliaron ya con hombres, ya con dinero, y había penetrado en la Flandes. El de Alba temía un levantamiento general de los territorios meridionales, que se extendiera luego por Holanda y Zelanda.

Entonces se tuvo noticia de la noche de San Bartolomé (24 de agosto de 1572), traidora declaración de guerra de la monarquía francesa contra el protestantismo. Este inesperado golpe pareció poner el sello á la suerte del partido de la independencia de los Países Bajos, pues amigos y adversarios reconocieron que este país por sí solo, privado del auxilio de Francia, no podría resistir á las extraordinarias fuerzas de España. De una vez quedaron destruidos todos los fundamentos en que habían cifrado su confianza el de Orange y sus correligionarios. «¡Qué rudo golpe, exclamó Guillermo, mi única esperanza era la Francia (1)!» El de Alba celebró aquella noticia mandando matar á todos los prisioneros de San Ghislain, en su mayoría hugonotes, á instancias del monarca francés (2). Orange hizo todavía una tentativa para obligar á los españoles á levantar el sitio de Mons, pero su intento fracasó, y las ciudades brabantinas abandonaron una tras otra su causa, por haberse atraído el ejército, con sus crueldades contra los sacerdotes, el odio de todos los católicos. Las tropas, mal pagadas, se insubordinaron, y Guillermo tuvo que dar por perdidas las comarcas del Sur y atravesar de nuevo el Rhin. Dirigióse entonces hacia el Norte, es decir, hacia Holanda que se mostraba mas enérgica y animosa en la defensa de las libertades municipal y religiosa. Mons capituló, no sin que se asegurase una libre retirada á los protestantes; pero esta condición fué vilmente quebrantada y Noircarmes, el verdugo de Valenciennes, estableció en la infeliz ciudad su tribunal de sangre que durante once meses llevó á millares de infelices al cadalso y aniquiló por siglos toda la riqueza y prosperidad de Mons. Malinas, que durante largo tiempo había dado asilo al de Orange, fué por ello castigada con un saqueo que no perdonó ni á las iglesias y arrebató á los desgraciados habitantes todos sus bienes. Cuatro millones de florines robados en Malinas fueron trasportados á Amberes.

Este terrible azote se dejó también sentir en el Norte: en efecto, á pesar de su valor y celo, los inexpertos y mal armados patriotas no podían luchar con los expertos, aguerridos y bien equipados regimientos españoles. Además, los excesos cometidos por los mal pagados soldados del de Orange llegaron á hacer que los habitantes de las ciudades se mostraran indiferentes á la causa que servían. Güeldres, Overisel y Utrecht doblaron muy pronto la cerviz al yugo extranjero: la ciudad de Zutphen, que intentó hacer resistencia, vió castigada su osadía con la muerte de todos sus habitantes varones y la deshonra de todas sus mujeres. Solo Holanda defendía aun la causa de la libertad que estaba agonizando. Naardes, que capituló bajo promesa de perdon, sufrió, en manos de la desenfadada soldadesca española, la misma suerte que Mons y Zutphen.

Estas crueldades fueron mas allá de los límites de la intimidación que sin duda se habían trazado los caudillos españoles. Las demás ciudades holandesas comprendieron que su única salvación estaba en defenderse hasta el último extremo, pues lo peor que podía sucederles era morir gloriosamente como soldados, lo cual era siempre preferible á perecer á manos de los verdugos españoles. En aquella ocasión, la

(1) Groen van Prinsterer, III, 490.

(2) *Correspondencia de Mondouct publicada por Gachet* (Comptes rendus de la Commission royale d'Histoire, IV, 340, Bruselas).

Holanda se conquistó imperecederos merecimientos, y aquellos audaces, flemáticos y tenaces frisonos mostraron todo el heroísmo de que eran capaces. El de Orange, que con algunos caballeros se había refugiado entre ellos, no pudo hacer mas que animarles y darles consejos, pero no proporcionarles auxilio alguno material.

La primera ciudad contra la cual se dirigió entonces el duque de Alba fué Harlem, situada en un angosto istmo circundado de montes de arena, que se extendía entre el mar del Norte y una sinuosidad del Zuiderzée, ó mar de Harlem, que desde entonces fué secado y convertido en tierra fértil. La ciudad en aquella época cerraba el paso que daba acceso á la extensa provincia de la Holanda septentrional. Los habitantes y soldados de Harlem, que en número de unos pocos millares estaban decididos á no entregarse de buen grado á los verdugos españoles, se defendieron por espacio de siete mortales meses hábil y valerosamente contra 30,000 adversarios, la mitad de los cuales, por lo menos, encontraron la muerte ante los muros de la pequeña ciudad. En vano, sin embargo, intentó el de Orange hacer levantar el sitio: sus tropas, escasas en número y mal dirigidas, fueron una y otra vez derrotadas por los españoles. Por último el hambre obligó, en julio de 1573, á los defensores de Harlem á rendirse á discreción, y casi es inútil decir cuál fué la suerte de aquellos valientes: Federico de Toledo se cebó en ellos como en los de Zutphen y Naardes, siendo asesinados á sangre fría dos mil soldados y habitantes de Harlem.

La catástrofe de Harlem llenó de orgullosa alegría á los españoles y de verdadera desesperación á sus enemigos, desesperación que aumentaron todavía el capricho y la crueldad de muchos comandantes de los mendigos. Los mas fuertes comenzaron á vacilar; el príncipe de Orange, que parecía haber ido á aquel país para consumir la ruina de Holanda, se vió terriblemente injuriado por los ciudadanos de Delft y Leyden, y sus hermanos, incluso Marnix de Santa Aldegonda, que había caído en poder de los españoles, le suplicaron encarecidamente que firmara con los vencedores la paz para él y sus partidarios, en condiciones llevaderas. Guillermo, á pesar de todo, se mantuvo firme, animó á los vacilantes y declaró que en Holanda quería encontrar su tumba. Felipe y el duque de Alba sabían perfectamente dónde estaba el mayor peligro para ellos, y en qué pecho se ocultaba la verdadera alma de la rebelión; así es que siguiendo su procedimiento favorito enviaron repetidas veces asesinos contra el príncipe. «Este es el mejor medio de curación», decía Felipe en un documento oficial. Sin embargo, estas infames tentativas fracasaron ante la vigilancia de Guillermo y de sus amigos.

Por fin brilló para los acosados patriotas un rayo de esperanza. Las devastaciones y crueldades de los últimos años habían ejercido en la disciplina de los soldados españoles una influencia tanto mas funesta cuanto que sus pagas no iban muy corrientes; y esto dió lugar á varios motines. Por aquel tiempo, la pequeña ciudad de Alkmar, que contaba con escasas fuerzas, imitó el ejemplo de Harlem: aquel puñado de habitantes se defendió con tanta energía, que los soldados españoles se negaron resueltamente á dar el asalto, que creían era para ellos muerte segura; y cuando por último los sitiados amenazaron con romper los diques y convertir toda la comarca en un lago, los españoles levantaron el cerco (octubre de 1573).

Esto, después de tantas desgracias, fué para los holandeses un primer triunfo, agregándose á ello que Carlos IX de Francia, que pronto se había convencido de la inutilidad y funestas consecuencias de la noche de San Bartolomé, les prometió auxiliarse enviándoles secretamente algunos hom-

bres y dinero. Además, el implacable y terrible enemigo de los rebeldes, el duque de Alba, abandonó por fin el país.

Felipe II había acabado por comprender cuán incierta y de doble filo era el arma del verdugo. El mismo la había puesto en manos del de Alba, pero á la sazón, cuando el sistema empleado pareció inútil y funesto, cuando la rebelión se reproducía de continuo, cuando los Países Bajos, en vez de robustecer el poder de España le consumían sus mejores soldados y todas sus rentas, creyó conveniente licenciar al de Alba. Ya durante el verano de 1572 había el rey manifestado públicamente su desvío hacia el duque, diciendo que él le había robado los Países Bajos, territorio que el monarca apreciaba mas que todos sus otros dominios (1). No había en los Países Bajos un hombre que no odiase al gobernador general: todos, incluso los mas leales y los mas creyentes, pedían á voz en grito su destitución, teniendo en cuenta la devastación y despoblación de una comarca que hasta hacia poco tiempo se había visto floreciente. Los mismos obispos de los Países Bajos y hasta la facultad de teología de Lovaina querían el alejamiento del duque de Alba, el cual, destituido al fin en octubre de 1573, abandonó un país en donde había causado daños sin cuento, llevando á él la desolación é hiriendo en él profundamente la dominación española. Después de su destitución, vióse tratado con menosprecio y disfavor por el monarca: su servidor mas adicto, Vargas, vióse desterrado de la corte, y este castigo era el menor que merecía por sus crímenes, no ya políticos, sino comunes (2).

El reemplazo del de Alba en un país intranquilo y en parte sublevado y en el cual se había hecho de todos odioso el nombre español, era tarea por demás difícil, pues se trataba nada menos que de calmar á los descontentos, vencer á los rebeldes, y contener y pagar á los soldados. Además había que defender las creencias católicas y la autoridad real y debía poner remedio á las cargas que pesaban sobre el pueblo. El nuevo gobernador no estaba á la altura de esta colosal y casi imposible empresa. Era este, D. Luis de Requesens y Zúñiga, comendador mayor de Castilla, hombre tranquilo y prudente que, como valiente soldado, se había elevado desde los mas humildes á los mas encumbrados puestos. Dotado de escasas condiciones como hombre de Estado, era en el fondo un verdadero castellano que, siendo gobernador del ducado de Milan, se había captado las simpatías mas de su rey que de sus súbditos. Presentóse en los Países Bajos como iniciador de un sistema de benevolencia y conciliación, comenzando por prometer una verdadera amnistía. Abolió el diezmo del duque de Alba; disolvió el consejo formado para juzgar las agitaciones y quitó de la ciudadela de Amberes la estatua del duque. Pero por mas que España procuró demostrar que el rey censuraba á su antiguo representante y que con la gestión del comendador comenzaba una nueva era de restauración y reconciliación, fué imposible salvar el abismo que se abría entre los españoles y sus adversarios que les habían jurado odio eterno. Los seis años, durante los cuales el de Alba había destruido, con aprobación del rey, las libertades y el bienestar de los Países Bajos y derramado la sangre de muchos millares de flamencos, no habían sido olvidados ni podían ser perdonados nunca.

Por el contrario, el cambio de gobierno dió nuevos bríos á los rebeldes, pues les demostró que eran temidos. Cada vez se hacia mas difícil mantener en los Países Bajos un

(1) Relación del embajador francés, Saint Goar, de 5 de setiembre de 1572.—Raumer, *Cartas de Paris*, I, 190.

(2) Muy severo está el autor con el duque de Alba, después de haber dicho que no hizo mas que obedecer las órdenes del rey. (*N. del T.*)